

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA  
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO III

Coordinación

ALFREDO ÁVILA  
VIRGINIA GUEDEA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
2008

## NÚMERO 32

### Parte detallado de las batallas dadas a los insurgentes en Irapuato, por don Miguel del Campo

La madrugada del día 15 del próximo pasado mes me entregó en la hacienda de la Quemada un oficial del destacamento de Guanajuato, un oficio de aquel señor intendente, pidiéndome auxilio, pues las gavillas de insurgentes reunidas en Salamanca habían formado una respetable fuerza que amenazaba a aquella ciudad. Determiné mandarle dos escuadrones de San Carlos con uno de lanceros al mando del capitán don Andrés de Salas, de cuya actividad y valor estoy bien penetrado, y yo continué a unirme al pueblo de Dolores con mi segundo don José Alonso, que manda el batallón de Celaya. El cansancio de éste me obligó a estar un día más, pero al siguiente emprendí mi marcha por la áspera sierra de Santa Rosa, que llevando la artillería a mano con mucha dificultad logré en sólo dos días reunirme a mi destacamento sobre mi marcha. Sin duda sabedores los enemigos de este movimiento, hicieron el de retroceder diez leguas y atacar a la ciudad de Celaya, creídos en que yo abandonase la capital de la provincia, objeto de su ambición y rapiña; rechazados en esta ciudad volvieron a situarse en Salamanca e inmediatamente formé el plan de perseguirlos y destruirlos, llevando al efecto ciento y cincuenta hombres de infantería, que montados con el todo de mi caballería y artillería volante, formasen mi división e hiciesen las jornadas dobles que fuesen necesarias, dejando de guarnición campados fuera de la ciudad a mi segundo con el resto de su división y un escuadrón de lanceros que le había agregado.

Habiendo recibido parte a las once de la noche el 21 del citado mes del subdelegado de León, (que acantonado también en la villa de Silao mandaba los voluntarios de ambos

pueblos) de haberse venido los enemigos a Irapuato, amenazando al suyo, determiné saliese una división compuesta de los ciento y cincuenta hombres de infantería al mando del capitán don Bernardo García, dos cañones al de la misma clase de voluntarios de Querétaro don Juan Luenga y voluntario don José Fuentes, dos escuadrones de Dragones de San Carlos al mando de sus comandantes don Andrés Salas y don Juan Cantón, con uno de lanceros que manda el capitán del príncipe don Martín del Collado, y el todo de ésta al cargo de mi ayudante el capitán de ejército don Bernardo Tello, a quien comuniqué las órdenes que juzgué oportunas a mi plan de ataque que formé desde aquel momento, y en el ínterin le mandé cubriese los dos caminos de Guanajuato y Silao en el punto de la hacienda del medio sitio; le previne que situase dables avanzadas hasta la de San Antonio que observasen prolijamente al enemigo, y que de todo me diesen frecuentes partes, e igualmente avisase al subdelegado de León para que también se le reuniese con su gente en caso necesario. A las doce horas le seguí yo con el trozo compuesto de dos escuadrones de San Carlos al cargo de sus comandantes don Miguel de Michelena y don Ignacio Astegui, dos de lanceros a los de don Gabriel Armijo y don Juan Pesquera y un cañón mandado por el capitán de Voluntarios de Querétaro don Francisco Bustamante y que auxiliaban nueve soldados sueltos del ejército y el todo del equipaje con una escolta de los de Sierra Gorda. Me acampé en la hacienda de cuevas, dos leguas cortas a retaguardia de Tello, a quien le dirigí inmediatamente noticia de mi llegada, encargándole se le reuniesen los ya citados voluntarios, concordándole la hora de mi marcha con la en que debía ser la suya, citando el punto de nuestra reunión en la hacienda de la Calera, pues desde ella salen los radios del ángulo que formaban los caminos de Tello con el mío; de modo que tomando los enemigos cualquiera de los dos eran irremisiblemente batidos a dos fuegos, y si no se movían de Irapuato serían rodeados con él junto de toda mi división. A muy poco de mi salida, que

verifiqué a las seis y media de la mañana del 23, me avisó Tello iba a emprender la suya ya con los voluntarios, y me decía que en la avanzada había habido un corto tiroteo, de lo que inferí pudiesen los enemigos haber hecho movimiento hacia nosotros, y en contestación le ordené fuese su marcha muy pausada, y que con la posible anticipación me avisase si notaban venían los enemigos, en cuyo caso debía tomar posición reforzando su derecha para que atacándolos por ella pudiese yo estrecharlos con mi izquierda, para lo que no me ofrecía obstáculo ninguno el terreno por su planicie. Al llegar al sitio de Burrón me repitió segundo aviso de que se descubrían insurgentes y que los iba a atacar, con cuyo motivo hice tocar trote para con oportunidad poder llegar con mi trozo (pareciéndome regular avisar a mi segundo viniese con su división, y que formando el cuerpo de reserva se mantuviese sobre el campo enemigo a reconocerlo, pues mi idea desde luego fue el seguirlos persiguiendo hasta Irapuato y Salamanca) habiendo notado que habían roto el fuego me adelanté acompañado de mi ayudante, que lo es el de Dragones de Puebla don José Mora, y con el que ejerce funciones de tal en el de San Carlos don José Pumar, con el objeto de observar ambas situaciones; pero habiendo notado los enemigos iban a ser indispensablemente envueltos por mi tropa, que ansiosísima de pelear habían roto ya el galope y me seguían a distancia sólo de veinte varas, emprendieron su precipitada fuga, abandonando toda su artillería y municiones, cuya vista Tello mandó los persiguiesen por la derecha el capitán don Martín del Collado con su escuadrón y una compañía del Regimiento de San Carlos al mando de su alférez el esforzado don Juan Manuel Prieto; y por la izquierda al teniente de lanceros don Miguel Bestegui con su compañía de cuarenta voluntarios, treinta dragones del Regimiento del Príncipe y algunos lanceros de la congregación de Silao al mando del alcalde de segundo voto don Mariano Reinoso, quienes acreditaron un singular valor, pues no dejaron sino muy corta parte que hacer a mi trozo,

que tanto la oficialidad como los soldados me hicieron formar la más halagüeña idea de sus nobles sentimientos, del valor y singular gusto que reciben siempre que logran el encontrarse con esos inicuos enemigos de Dios, de nuestro amado soberano y de la patria.

Mi ayudante a quien mandé para que tomara noticias de Tello vino con él, y así le previne que formase su columna a retaguardia de la mía, y que con ella llevase la artillería tomada al enemigo; dispuse que dicho Tello reconociese toda la derecha del camino, llevando para el efecto un escuadrón de San Carlos; y la izquierda don Miguel de Michelena con su escuadrón y otro de lanceros; sobre mi marcha hice reconocer por diferentes partidas las casas inmediatas donde se habían refugiado diferentes pícaros, entrando con el todo de mi división por varios puntos a la villa de Irapuato, donde supe que con poca diferencia de tiempo habían pasado los cabecillas precipitadamente hacia Salamanca, que sólo dista cuatro leguas; y como mi tropa a pesar de no haber comido ansiaba por perseguir hasta el último a esa vil canalla, determiné que por el camino real fuese un cañón, los voluntarios de León al mando de su subdelegado con dos escuadrones, el uno de lanceros al mando de don Gabriel Armijo y otro de San Carlos al de don Ignacio Astegui, y el todo de la partida al del capitán don Pedro Lambari, a quien comuniqué mis órdenes, que ejecutó con tanta actividad, que se puede decir, que en el término de cuatro horas se derrotó a los insurgentes en la Calera, se les tomó todo su a tren, y a siete leguas de Salamanca se les quemó el molde en que había sido vaciada su artillería, pues de haberlo ejecutado así me dirigió parte este comandante aquella misma noche.

Por el detalle que me ha pasado el capitán don Bernardo Tello, veo no me había equivocado en el buen concepto que había formado de tan digno oficial, pues con sus conocimientos militares obró con sumo acierto, con arreglo a mis órdenes, formando su columna en batalla, en el centro la infantería cubriendo los costados los dos cañones, y a

estos la caballería, reforzando el flanco derecho con los voluntarios, y en esta forma con total desprecio del fuego enemigo (cuyo número según su extensión en semicírculo y fondo, aparecía de diez mil hombres) que pretendía cercarlo, avanzó hasta que el suyo obrase y ofendiese, no solo el de la artillería, sino el bien ejecutado fuego de la infantería; por cuyo motivo me los recomienda muy particularmente, como lo hace también de toda la caballería, a la que fue necesario de tener con amenazas para que no comenzase su ataque prematuramente. Hace un particular elogio de los ya citados comandantes, oficiales, subalternos y tropa, usando de la expresión de que para recomendar a cada uno en particular sería necesario formar un volumen. Yo después de recomendar a tan insigne comandante lo hago muy particularmente del capitán don Andrés Salas, que con sumo acierto dirigió el ala derecha; a don Juan Domínguez Cantón, por haberlo igualmente hecho con la izquierda; y con el centro el capitán de Celaya don Bernardo García; al capitán de Voluntarios de Querétaro don Juan Luengas, que condujo con sus artilleros el cañón de su mando hasta ponerlo en términos de que obrase la metralla; lo mismo hizo el voluntario don José Fuentes quien ha dado la prueba nada equívoca de su acertada puntería; el alférez de Sierra Gorda comunicó con exactitud las órdenes de Tello quien lo nombró por su ayudante. Han dado ejemplo de valor el capitán don Fausto de Alce, su teniente don Manuel Arbide, y no continúo nombrándolos en particular a todos los demás oficiales por no aumentar el volumen de este detalle. El lancero Félix Martínez mató al que llevaba la bandera con la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe que entregó a su comandante; y en general debo hacerlo de los comandantes, oficialidad y tropa de toda mi división, pues no solamente han llenado completamente mis ideas, sino que mi corazón está íntimamente penetrado de los nobles sentimientos que asisten a cuantos tengo el honor de mandar. Faltaría a mi deber si no expusiese a vuestra excelencia con toda integridad, que desde el

momento que notamos se acercaban los enemigos comenzaron con acciones de júbilo y vivas a nuestro deseado rey, a España, al señor virrey, y a nuestro general, y mueran los insurgentes, brindándose todos a ser los primeros para llegar a las manos con ellos: y si estos valientes campeones no tuvieron la satisfacción de tener todos parte en esta brillante acción, es indubitable fue por el miedo que infundieron a esa detestable chusma.

Ningún elogio por mi parte será bastante al mérito con que siempre se han conducido los dos señores curas doctor don Tiburcio Camina, licenciado don José María Besanilla, el primero de la villa de San León y el segundo de la de Silao, pues siempre adictos a la buena causa han dado señales nada equivocadas de una concentrada y verdadera religión, del amor debido a nuestro amado y deseado soberano, y evitado desde los primeros momentos la desolación de sus pueblos, y abandono de su rebaño; a el efecto coadyuvaron el bachiller Francisco Barro, sacristán mayor de la villa de Silao y el padre Ortega, como también don Manuel Gutiérrez de la Concha, subdelegado de León, que ha acreditado desde el principio de la rebelión su celo por la justa causa, que trae a sus órdenes 24 voluntarios que él mismo costea; ha organizado una compañía del príncipe y trajo 30 soldados que estaban enfermos en dicha villa de los regimientos del ejército, a quienes animó, gobernó y con oportunidad atacó a los insurgentes con el valor que tiene ya acreditado a los individuos que este caballero mandaba. Los señores curas con la mayor serenidad se formaron al frente de mis divisiones, dando el ejemplo más grande a sus soldados y ya en dispersión los enemigos, llegado el caso de ejercer su ministerio envainaron su espada, y es increíble lo que obraron en beneficio de aquellas almas tan necesitadas del socorro espiritual. Es debido excelentísimo señor nombrar aquí al reverendo padre fray Diego Bringas, religioso del convento de la Santa Cruz de Querétaro, que siempre ha sido capellán de la división de mi mando desde el principio de la campana, y en

ella se ha hallado en las batallas de Aculco, Guanajuato y Calderón; he oído antes de comenzar las exhortaciones que ha hecho a la tropa; lo mucho que los ha animado y después en ellas he sido testigo ocular de la insaciable fatiga con que ha ejercido su ministerio, a pesar de estar malo, como le sucedía en esta de la Calera.

Es muy recomendable la actividad y celo por el buen servicio de su majestad en mi segundo don José Alonso, sargento mayor de Celaya, pues ya fuera de Guanajuato recibió mi aviso y así mandó a su tropa, a pesar de la bastante distancia y ser toda la más infantería, hizo una precipitada marcha que sólo la poca duración de la acción fue causa de que no hubiese tenido parte alguna en ella.

Por noticias dadas en Irapuato asciende el número de muertos al de ochocientos; hicimos más de doscientos prisioneros, entre ellos un coronel ordenado de evangelio; de estos arcabucé cuarenta y uno, e hice colgar en todas las salidas del pueblo, y a otros se les dieron baquetas; demostrándose tan visiblemente la Divina Providencia a favor de la justa causa que defendemos, que por nuestra parte sólo el poco uso de una arma de fuego pudo herir al dragón del príncipe Eugenio Hernández, perdiendo un dedo de la mano derecha, lo que le hace recomendable a la benignidad de vuestra excelencia. Tula abril 13 de 1811.— Excelentísimo señor.— *Miguel del Campo*.— Excelentísimo señor virrey.



La edición del tomo III de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza  
Rosa América Granados Ambriz  
Raquel Güereca Durán  
Gisela Moncada González  
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado  
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602